

Los Libros

LIBROS INGLESES. Dos biografías y tres misceláneas

La bibliografía de las obras referentes a Shakespeare ocupa ciento treinta y seis columnas en la Cambridge Bibliography of English Literature, lo que no es óbice para que este autor, capaz de satisfacer todos los estados de ánimo y que, mientras otros crecen o merman alternativamente en la estima en que se les tiene, es inagotable, y se gane mejor nuestra estimación cuanto más lo conocemos, siga siendo objeto de estudios tanto eruditos como de imaginación. La conjetura imaginativa, a falta de algo más concreto, tendrá que desempeñar siempre un papel preponderante en todo lo que le atañe, dada la parquedad de la evidencia documentaria que ha quedado sobre su vida. Entre los recientes están *A Life of Shakespeare*, por HESKETH PEARSON (Carroll and Nicholson), gran asiduo de la obra representada, y que dice haber asistido casi sin excepción a todas las producciones londinenses de las piezas del autor en los últimos treinta años. Siguiendo la historia anímica del hombre a través de lo que se trasparente en sus obras, sigue un plan parecido al de IVOR BROWN en su *Shakespeare* (Collins), que dedica su libro a la cofradía de los actores. Aunque discrepen, por ejemplo, en cuanto a la verosimilitud que atribuyen al episodio que legendariamente fué causa de que Shakespeare se viera forzado a huir hacia la metrópoli, donde tan vigorosamente se des-

arrollaba el incipiente teatro inglés, en la parcialidad u hostilidad hacia las interpretaciones shavianas de su obra, y en el apelativo que conviene a la «Dark Lady» o «Black Mistress», rivalizan ambos en lo pertinente de las citas que traen a colación y la lectura de cualquiera constituye un ameno y variado remozar de la memoria de sus mejores líneas. Ambos también sitúan su punto de vista en el plano anteriormente muy descuidado de la influencia que sobre el dramaturgo ejerciera su íntima relación con las actividades teatrales de orden práctico (ya que tanto como autor fué actor, empresario y co-propietario de teatros), como lo urge el nuevo anuario *Shakespeare Survey* (Universidad de Cambridge, vol. I, 1948) en uno de los ensayos de que consta, dedicados éstos en su mayoría a cuestiones de la escenografía shakesperiana.

Después de las películas de temas suyos que hemos visto, es interesante poner de relieve la circunstancia de que mientras el cinematógrafo contrasta por sus recursos con la limitación paupérrima de la escena renacentista, la tendencia reciente de los escenógrafos ingleses es por el contrario la de tratar de ceñirse con la mayor fidelidad a las condiciones materiales del teatro de esa época, aun cuando cabe notar que no han faltado experimentos con decorados y vestimentas de la época victoriana y hasta con Hamlets de vestón. Algunos, sin embargo, tratan de reaccionar contra la tendencia, más acusada en el teatro anglosajón que en otros, de supeditar el productor al actor, alejándose con ello relativamente de la intención shakespeariana. El problema de mantener la continuidad emocional o estilística en una obra como «Antonio y Cleopatra» se dificulta extraordinariamente si se quiere que la escenografía reproduzca el rápido traslado de la trama de Egipto a Roma, luego a Sicilia, y después a los varios campos de batalla, usurpando el rol del diálogo, único encargado primitivamente de situar la escena.

El cinematógrafo heredó cuanto ha dejado de concreto la experimentación al respecto, perfeccionándolo ayudado del la-

boratorio y el problema no le incumbe; su propósito es satisfacer la modalidad de un auditorio que requiere estímulos primariamente visuales; pero como lo está probando la radio, gradualmente otro sector, y no pequeño, es el que pide el teatro de la palabra hablada exclusivamente.

Si Shakespeare es quien entendió mejor que ningún otro el milagro que puede operar el teatro, brindando el contacto directo, más que bidimensional, entre espectadores y actores —lo único que el cine no podrá arrebatarse a la escena— y si la imaginación de los públicos modernos parece no ser equivalente a la de sus contemporáneos, el ideal podría ser la complementación de una escenografía parca en decorados por los recursos mecánicos y eléctricos de una técnica más avanzada.

Así, aunque (exceptuado el siglo diecisiete) no hay generación que pueda jactarse de haber conocido más de cerca la obra del bardo, y aunque es cierto que han conservado grabados que permiten reproducir, como por ejemplo en la Biblioteca de Folger en Wáshington, el tablado original, por otra parte no se ha conservado ningún plano del «Globe», y queda mucho que hacer en este terreno.

Uno de los colaboradores del anuario sugiere que, al par de intensificarse el estudio de las direcciones escénicas y el ritmo de la elocución entre otras cosas, lo que conduciría a un conocimiento más exacto de la ubicación de los actores en el escenario en cada caso, debería proporcionarse a los estudiosos un teatro que permitiera verificar en la práctica las teorías resultantes, asegurando que esta relación más estrecha entre el mundo erudito y el histriónico del presente, no podría dejar de resultar muy fructífera para perfeccionar la hermenéutica de nuestro autor.

La importancia del rol de las editoras universitarias es destacada indirectamente en un volumen de homenaje a Humphrey Milford, ahora Sir Humphrey, con cuyo colofón hace treinta años que estábamos familiarizados en los libros publicados por la Universidad de Oxford. Ella es la que publica

Essays, mainly on the nineteenth century; los ensayos abarcan diversos tópicos de la predilección del homenajado, principalmente literarios, aunque halla lugar también el deporte, y dos se refieren a los entretelones de la vida de un publicista.

Orpheus reúne en seis secciones veinticinco títulos que, a juicio del compilador, JOHN LEHMANN, colaborador y editor al mismo tiempo, forman un compendio de lo más representativo y lo más visionario en el cuento, el ensayo literario y la disquisición de la técnica poética inglesa, y en el terreno del arte y el teatro europeos de la década pasada, por lo que es un verdadero Libro Amarillo de ella. Por su elegante presentación es un verdadero aguinaldo de la vuelta a la normalidad después de las estrecheces de la guerra, durante la cual, por la escasez de papel, llegó a darse el caso de tener los impresores que cambiar en las últimas páginas el tipo usado por uno de menos puntos para no dejar a medio llenar el último fascículo.—M. B. C.



TRES LIBROS Y UNA REVISTA DE POESIA, por At.

«CARACOL», por *Vicente Parrini Ortiz*. Ediciones Anteo, Santiago de Chile

La Mistral, en su primer libro, *Desolación* (1923), exhibía ya, poemas infantiles. Nos parece que por esa misma época dió a la estampa Humberto Díaz-Casanueva, una selección de poesías para niños. Una y otro eran, además de poetas, educadores en activo ejercicio de la profesión. En 1941, Andrés Sabella, prisionero entre códigos y teorías del Derecho, lanza a la publicidad su «Vecindario de palomas».

El tema es antiguo entre nosotros y son innumerables las